

ROJAS, José Luis de. *Cambiar para que yo no cambie. La nobleza indígena en la Nueva España*. Buenos Aires. 2010. Editorial SB. 352 pp.

En los últimos años, la historiografía especializada en la América española está otorgando una mayor atención al elemento social indígena, dejando de lado las tradicionales concepciones estructuralistas en favor de enfoques que apuestan por la integración de los indígenas en la sociedad colonial, no sólo siendo partícipes de la misma, sino desarrollando un papel decisivo en ella. En esta dinámica se integra *Cambiar para que yo no cambie*. Tomando como objeto de estudio las élites indígenas en la Nueva España, José Luis de Rojas muestra los procesos de transformación y adaptación que experimentó la nobleza nativa para mantener su estatus de privilegio en la nueva sociedad tras la conquista.

Posiblemente, el rasgo más destacable de esta obra sea el gran apoyo documental que presenta. Cada idea enunciada está sustentada por numerosas citas insertadas a lo largo del texto, que permiten al lector complementar la información ofrecida por el autor con la de los propios recursos que maneja. Ya sean de carácter primario o secundario, las citas son la verdadera espina dorsal de esta obra. Tanto los datos como los resultados de las investigaciones de otros autores, o incluso los debates historiográficos, quedan fielmente reflejados en el desarrollo argumental al ser mostrados sin modificaciones. De hecho, uno de los grandes aciertos de José Luis de Rojas es mostrar las fuentes en su versión original (con las pertinentes traducciones y/o transcripciones), lo que permite al lector cotejar la información contenida en ellas por sí mismo, independientemente de las valoraciones del autor.

Otro de los aspectos positivos de *Cambiar para que yo no cambie* radica en el amplio rango temporal que abarca su desarrollo. A pesar de ser un libro cuya meta es explicar el devenir de las élites indígenas en el periodo colonial, se ha prestado una gran atención a la importancia de su evolución en los tiempos anteriores a la irrupción de los españoles en el espacio americano. La propuesta es clara, para poder evaluar el cambio es necesario conocer el punto de partida. Por ese motivo, el libro se inaugura con una detallada radiografía del funcionamiento de las élites en época prehispánica. Factores como la organización territorial basada en los cacicazgos, la importancia de las alianzas matrimoniales y las redes de parentesco, o las luchas entre facciones, son decisivos para comprender la estructuración del poder y el gobierno prehispánico y sus posteriores implicaciones durante el periodo colonial.

Conociendo la situación en que vivía la nobleza en el espacio mesoamericano antes de la llegada de Cortés podemos evaluar el verdadero impacto de la conquista en la organización del gobierno indígena. Frente a las valoraciones que se pueden encontrar frecuentemente en la historiografía, las cuales hablan de ruptura y de cambio, José Luis de Rojas apuesta por un enfoque distinto: la pervivencia de las estructuras de poder indígena tras el proceso de conquista. Si bien es cierto que la autoridad central en México, personificada en el emperador, fue sustituida por la nueva figura del virrey, dentro de las unidades locales de gobierno los caciques no vieron alterada su situación y, en muchos casos, incluso la mejoraron. En este punto, el autor introduce un elemento novedoso que debe ser tenido en cuenta: el de los “indios vencedores”. El futuro de la investigación histórica requiere acabar con la idea de la categoría de

indígena como una unidad homogénea, para tener en cuenta la jerarquía social que existía en época prehispánica y que tuvo su continuidad durante la colonia. La nobleza indígena, a pesar de la innegable vinculación étnica con sus súbditos, nunca perdió la noción de la distancia social que les separaba de ellos, vinculándose más a menudo con las autoridades españolas que con el pueblo que gobernaban.

A inicios de la época colonial, los caciques seguían siendo la principal cabeza de mando en el plano local. La organización territorial, en su estructura regional, no se habría visto alterada por la llegada de los españoles, quienes, sabedores de esta circunstancia, optaron por asimilar a las élites locales dentro de su aparato de gobierno. Por este motivo, la nobleza nativa comenzó a ingresar en la administración española, ocupando cargos como el de gobernador o los principales puestos en los cabildos. De este modo, los caciques consiguieron conservar la autoridad política dentro de sus comunidades, al tiempo que el dominio español se consolidaba en las unidades más pequeñas de población. Al mantener su posición de privilegio tras la Conquista y vincularse al entramado de poder colonial, numerosos caciques comenzaron un acercamiento progresivo al modo de vida español que derivó en una identificación y asimilación progresiva con las costumbres hispanas, adoptando la lengua, la forma de vestir e incluso cambiando su lugar de residencia a zonas con mayor presencia española, como las capitales de provincia. Se habla entonces de una doble proyección de los caciques. Por un lado, la proyección interior según la cual seguían ejerciendo su autoridad sobre sus comunidades a pesar de haber perdido ciertas competencias - como la religiosa o la militar - y haber tenido que llevar a cabo una adaptación a la forma de gobierno. De este modo, la representación de los alcaldes en los cabildos sustituyó a las antiguas prácticas rituales de vinculación de los señores con sus comunidades. Así mismo, los caciques se adueñaron de los símbolos religiosos cristianos como herramienta de unidad colectiva. Por otro lado, tenemos la proyección exterior según la cual los caciques optaron por integrarse y conocer mejor las estructuras sociales y de poder hispanas con el objetivo de mejorar su posición dentro de ellas. El fin último en cualquiera de los dos casos era el de prosperar y mejorar su estatus, bien fuera a título individual o, por extensión, a título familiar.

Al igual que ocurría en el periodo precolombino, las alianzas matrimoniales entre élites eran una estrategia fundamental para la consolidación de las redes de poder entre familias nobles. Con la presencia novedosa de los españoles en los estratos preeminentes de la sociedad, fueron frecuentes los enlaces matrimoniales entre los hijos e hijas de los caciques (o incluso sus viudas) y los españoles destacados dentro de la sociedad de la Nueva España. Lo que para algunos autores se considera mestizaje, para José Luis de Rojas se trata de la “doble nacionalidad” de personajes preeminentes dentro de la sociedad novohispana, que tenían la ventaja de actuar como indios o como españoles según lo requirieran las circunstancias.

La hibridación entre las estructuras de gobierno nativas y las coloniales fue fundamental para el desarrollo del virreinato de la Nueva España. Más que “lazos de unión” entre las llamadas Repúblicas de españoles y de indios, los caciques actuaron como verdaderos diques de contención entre ambas realidades, sabiendo actuar y sacar provecho del ejercicio de su influencia en uno u otro mundo. Evidentemente, esta circunstancia no es homogénea a todos los señores. Los factores de tiempo, lugar

y espacio son determinantes a la hora de valorar las actuaciones individuales de cada uno de ellos. Quizá, la constante que nos permite evaluar cada caso concreto sea la capacidad de adaptación de los caciques a las circunstancias que vivieron en su territorio y en el tiempo que les tocó vivir. A este respecto, en el libro podemos encontrar multitud de ejemplos en uno y otro sentido, dejando constancia de la mayor o menor ventura de los caciques en el mundo colonial mexicano.

Una vez conservada la autoridad política, los caciques no tardaron en obtener un lucro económico a través de su renovado estatus de privilegio. Al insertarse en la estructura colonial española, los caciques asimilaron la economía de tipo europeo, aventurándose en diversas actividades económicas que les granjearon importantes riquezas, lo que, sumado a su poder político efectivo, les elevó hasta posiciones destacadas dentro de la sociedad. A pesar de que numerosos autores hacen referencia a la prohibición legal explícita para los indígenas de llevar a cabo ciertas actividades económicas (como, por ejemplo, la cría de ganado), José Luis de Rojas ha conseguido rescatar de la documentación multitud de casos que ponen de manifiesto lo contrario, es decir, señores naturales actuando como verdaderos empresarios en actividades donde la historiografía ha presupuesto que los indígenas únicamente podían ingresar en calidad de trabajadores. De este modo, además de encontrarnos con caciques que son auténticos terratenientes o importantes ganaderos, tenemos constancia de otros muchos que poseen obrajes textiles, ingenios azucareros, explotaciones madereras, molinos hidráulicos o incluso minas. A pesar de las restricciones legales, el libro deja constancia de caciques ejerciendo como hacendados, comerciantes, jueces o señores de armas por citar algunos ejemplos. Lo que *a priori* podrían resultar excepciones que confirman la regla, son en realidad “reglas” que precisan ser redefinidas por la reiteración de tales “excepciones”.

El factor tiempo es indispensable para valorar adecuadamente la actuación de la nobleza indígena a lo largo del periodo virreinal. La conservación del poder local, reforzado por su vinculación cada vez más frecuente a las instituciones españolas y el enriquecimiento progresivo gracias a la connivencia de los distintos sectores sociales que permitían su inserción en la economía colonial, provocaron que los caciques presentaran un cambio en sus conductas. Cada vez más lejos del lazo étnico que les unía a sus comunidades ante la progresiva asimilación por sus vínculos españoles, pero sin perder la autoridad local sobre sus súbditos, los caciques llevaron a cabo prácticas ilícitas y desviaciones en su ejercicio del poder. Varios son los ejemplos a lo largo de la obra que ponen de manifiesto actuaciones fuera de la legalidad, como usurpaciones de tierras por parte de los señores a sus comunidades, fraudes reiterados en el cobro de los tributos o, incluso, la explotación ilegal de la mano de obra indígena en su propio beneficio.

Como hemos podido comprobar, el estudio de la sociedad indígena en la época colonial, ya sea desde el punto de vista político, económico o social, precisa de un cambio de mentalidad por parte del historiador que afronta su estudio: resulta preferible esquivar el uso de las grandes categorizaciones como herramienta analítica que, si bien simplifican el trabajo de investigación, impiden observar la compleja realidad de su objeto de estudio, empañado por la multitud de estereotipos que se presuponen a un individuo por el simple hecho de pertenecer a un grupo determinado. Obras como

*Cambiar para que yo no cambie* sirven para tener constancia de la riqueza polisémica y polifacética de personajes en principio historiográficamente bien definidos, como los caciques. Caciques que actúan al mismo tiempo como indígenas y como españoles y que utilizan su posición entre dos mundos para obtener un provecho personal en ambos; señores que, a pesar de su vinculación étnica, no tienen problema a la hora de obtener un lucro a costa de ejercer un mal gobierno y actuar de forma fraudulenta sobre las comunidades que gobiernan; caciques que conservan la autoridad sobre sus respectivas comunidades al tiempo que actúan como agentes destacados dentro de las estructuras de poder hispanas, imitando el modo de vida de las élites españolas; caciques ricos, poseedores de un gran patrimonio, que son dueños de sus propias empresas a pesar de que la ley les prohíba el ejercicio de tales actividades.

En definitiva esta obra pone de manifiesto la compleja realidad social construida a partir de las particularidades de los individuos que la conforman, o dicho de otra manera, la compleja idiosincrasia de cada individuo que integra una sociedad llena de matices y particularidades. A modo de cierre, parece conveniente rescatar las propias palabras del autor: “se trata, en definitiva, de comprender a las élites indígenas, no como indígenas, sino simplemente como élites”.

Alejandro LEIVA ARCAS

Doctorando de la Universidad Complutense de Madrid

MAZÍN, Óscar - RUIZ IBÁÑEZ, José Javier (eds.): *Las Indias Occidentales. Procesos de incorporación territorial a las Monarquías Ibéricas*. México, D.F. 2012. Colegio de México - Red Columnaria. 471 pp.

A lo largo de la última década se ha verificado, entre muchos historiadores de ambas orillas del Atlántico, la tendencia a afrontar el estudio de las formas del gobierno hispánico moderno a través de un modelo analítico basado en la observación del conflicto como mecanismo de negociación y creación de consenso. Esta propuesta metodológica ha planteado la necesidad de una reinterpretación de las relaciones que, a nivel jurídico, político o social, se establecieron entre los diferentes territorios que componían las monarquías ibéricas, así como la superación de los paradigmas historiográficos que, en clave nacionalista o postcolonialista, definieron los estudios de aquellas en base a esquemas reductores y viejas dicotomías entre la imposición y el sometimiento. De este modo se advierte la importancia actual de alejarse de concepciones monolíticas o demasiado homogéneas a la hora de abordar estas cuestiones, para adoptar una visión que tenga más en cuenta el carácter poliédrico y la redefinición continua de intereses que caracterizó aquella particular práctica de gobierno.

El volumen editado por Óscar Mazín y José Javier Ruiz asume en buena medida estos presupuestos para abordar una reflexión general sobre las diversas formas de agregación que interactuaron en la conformación de las monarquías ibéricas a lo largo de los siglos modernos. Para ello presenta una docena de artículos y un extenso es-